

El Olimpo de los sordos

Leonardo Cuzio

Hace algunos años Michel Crozier escribió un libro memorable titulado *La crisis de la inteligencia*. En ese texto diagnosticaba que la más grave enfermedad que podía padecer la élite era negarse a escuchar a la sociedad. En México las encuestas de opinión de los últimos años señalan claramente que la consideración popular por los partidos políticos y el Congreso es extraordinariamente baja. En muchos casos la confianza de la sociedad en estas dos instituciones básicas de la democracia es inferior a la que se tiene en la policía. No deja de sorprender en este contexto que tanto los partidos como el IFE se muestren tan sorprendidos por esa inconformidad que se expresa en el llamado a anular el voto. Ese exceso de confianza de los dirigentes partidistas, que como machos golpadores establecieron que sus mujeres (en este caso sus electores) nunca los dejarían por infame que fuese su conducta. Y bien, después de años de mandar señales de que cualquier entidad, dotada del más elemental sentido de autocritica, hubiese considerado con lealtad y propósito genuino de enmienda, las dirigencias partidistas han cerrado sus canales auditivos.

Son años los que han recibido el mensaje de desapego y sin embargo no han hecho más que profundizar en su actitud facinerosa. Seamos francos, los partidos no han perdido el voto duro, han perdido el aprecio de los independientes que se mueven de una fuerza política a otra según las coyunturas. Son aquellos que para votar exigen un mínimo de coherencia y un mínimo sentido de compromiso por transformar este país. Ese sector ha perdido la confianza en todos. Hoy muchos independientes están en disposición de anular su voto porque pedir el sufragio o anunciar la intención de voto por cualquiera de los partidos, es una vergüenza pública. ¿Con qué cara los independientes que votaron por Calderón podrían ahora pedir nuevamente el voto cuando el panismo se ha obstinado en su impúdico regodeo con las fuerzas más corruptas del país? Se lo pueden pedir a un votante tradicional de Guanajuato o de Guadalajara que admitirá, como sufrida esposa, cualquier humillación, pero no a un ciudadano in-

dependiente que no vive de píldoras ideológicas o de dádivas gubernamentales. Lo mismo vale para el PRI que ha demostrado ser irreformable. Aunque se vistan de modernos, en su corazón sigue latiendo el autoritarismo y el chanchullo como norma. En la izquierda vemos a un PRD destrozado que sólo parece afianzarse en la política de régimen en la que se sustenta el gobierno capitalino. López Obrador, por su parte, sigue con su deriva ególatra y ha puesto muy alto el listón para todos aquellos que de buena fe lo apoyaron en 2006. Pedir a un demócrata de toda la vida que vote por el PT es exigir una cuota sádica de lealtad. AMLO es probablemente el principal damnificado de este movimiento de inconformidad, ya que él se autopresentó como el último de los inconformes y hoy está en el Olimpo de los sordos que se niegan a escuchar a la gente.

Son incapaces de escuchar y cambiar, porque se han instalado cómodamente en los despachos del poder, en el beneplácito de los leales y en la placidez de los presupuestos. Son una casta, ciertamente no divina, que con arrogancia se pregunta: ¿y por qué no nos quieren? Si tuviesen un mínimo de sensibilidad leerían que en la última encuesta de GEA-ISA se ratifica que en un valor tan importante como la honestidad, el PAN y el PRD no son percibidos, hoy por hoy, como instituciones más honorables que el denostado PRI. En justicia, el PRI podría reclamar que es culturalmente el gran vencedor, pues sus detractores, una vez convertidos en amos del poder, han demostrado la misma insensibilidad. Es la victoria cultural del priismo la más amarga de las derrotas para un país que se niega a cambiar.

Analista político

LOS PARTIDOS POLÍTICOS

SON INCAPACES DE CAMBIAR
PORQUE SE HAN INSTALADO EN
LOS DESPACHOS DEL PODER Y LA
PLACIDEZ DE LOS PRESUPUESTOS

